

Daniel Bensaïd: mesianismo y melancolía

MACIEK WISNIEWSKI :: 01/01/2020

En la histórica época de la desorientación de la izquierda europea (1940/1990), Bensaïd recuperaba su impulso milenario junto con su contenido político y antifascista

1. Daniel Bensaïd (1946-2010), cuyo décimo aniversario de muerte será el próximo 12 de enero, ha sido un filósofo –él prefería sólo maestro de filosofía– marxista, activista comunista, fundador de LCR [Ligue Communiste Révolutionnaire] uno de los principales cuadros de la Cuarta Internacional y un prominente intelectual público y simbólico (bit.ly/39awa4H), el que mejor encarnaba el espíritu revolucionario del 68 francés.

Uno de los grandes líderes estudiantiles (véase: D. Bensaïd, H. Weber, *Mai 68, une répétition générale*, 1968), mientras la mayoría de su generación acabó abrazando el neoliberalismo, él siguió fiel a la causa inconclusa del 68 –véase su autobiografía: *Une lente impatience*, 2004 (capítulo 6)– sirviendo en su calidad de militante-intelectual como transmisor entre diferentes generaciones de activistas en tiempos de un generalizado sentimiento de la derrota post-1989 (E. Traverso, *Melancolía de izquierda*, p. 353-399). Diagnosticado con sida a mediados de la década de los 90, trabajó frenéticamente hasta el final, pero su obra, rica y diversa en temas en los que el pasado se mezcla con el presente, la filosofía con la historia y la política con la literatura, permaneció inconclusa (Traverso, p. 367).

Analizando la histórica derrota de la izquierda, Bensaïd abrazó el concepto de la melancolía –pero no la romántica, sino clásica– en busca de nuevos puntos de resistencia (Traverso, p. 361): una que pretende superar la brecha entre lo probable y lo posible, ya que la esperanza sólo tiene sentido con una dosis de pesimismo. Una necesaria mirada atrás –su particular galaxia melancólica abarcaba a Baudelaire, Blanqui, Sorel y Péguy, para quienes igual que más tarde para Benjamin, las revoluciones se alimentaban de la imagen de los ancestros esclavizados– que debe ser balanceada por un nuevo esfuerzo de historización y politización.

Para M. Löwy, una de sus mayores contribuciones fue convertir –al desarrollar el clásico argumento de L. Goldmann sobre Pascal– este estado anímico en una apuesta (*Le pari melancolique*, 1997) y poner la melancolía en el centro de la política revolucionaria: “la transformación del mundo es una ‘apuesta melancólica’ –la barbarie no tiene más chance que el socialismo–, alimentada por la memoria y basada en la ‘hipótesis estratégica’ y el ‘horizonte regulador’”.

2. Mucha parte de su trabajo fue dedicado a la estrategia en el siglo XXI (<http://danielbensaid.org/Ha-llegado-el-momento-de-definir-la-estrategia>), presente tanto en *Le pari melancolique* como en *Éloge de la politique profane* (2007), donde analizando el ocaso de la política y la razón estratégica en la era neoliberal, criticaba diferentes ilusiones/utopías contemporáneas (Negri, Holloway, *et al*).

Sus debates sobre el poder popular, el partido revolucionario o la huelga general

(bit.ly/2ZvhHvS) estaban basadas en su propia experiencia de participar en diferentes procesos –a veces con trágicos resultados– en Francia, Argentina (la casi total aniquilación de la izquierda radical y el *cul de sac* de la vía armada), México (la debacle del PRT) o Brasil (el ascenso y la capitulación neoliberal del PT). Como pocos –también gracias a esto– era capaz de hilar y sacar conclusiones, para la izquierda, de Marx, Schmitt, Gramsci, revolución bolchevique, debates de los 20-30, el socialismo real, el eurocomunismo, la guerrilla urbana guatemalteca o el ciclo progresista juntos.

3. Explorando sus raíces –su padre fue un judío sefardí de Argelia–, Bensaïd, denigrado en el 68 por la prensa gaullista por ser judío y árabe a la vez (sic), exploró lo político del misticismo y mesianismo judío –un *drive*, entre otros, detrás de su trilogía melancólica: *Moi, la révolution* (1989), *Walter Benjamin, sentinelle messianique* (1990), *Jeanne de guerre lasse* (1991)– distanciándose siempre del sionismo (un terrorismo del Estado) y anteponiendo su genealogía electiva de un comunista judío (Une lente..., capítulos 18 y 19), marrano (bit.ly/2rrioto) y judío no-judío (I. Deutscher *dixit*).

Así, no sólo se ponía incondicionalmente del lado palestino, sino manifestaba su profundo rechazo a toda suerte de identitarismos, un sustituto a todo pensamiento crítico –además la sobreidentificación con Israel de buena parte de la *intelligentsia* francesa siempre tuvo para él tintes ultrareaccionarios–, y motor, en forma de un pánico identitario, del auge mundial de la extrema derecha.

4. La utopía no figuraba en su vocabulario político, pero el mesianismo (secular) sí: siguiendo a Benjamin, el suyo no era el mesianismo apático, sino activo en el cual uno no se queda esperando, sino organizando ante la llegada del Mesías –la irrupción de lo imprevisto– que puede ocurrir en cualquier momento. La revolución es una posibilidad (*vide*: la apuesta melancólica), pero que surge sólo de nuestras acciones.

Escribiendo –otra vez igual que Benjamin– en la histórica época de la desorientación de la izquierda [europea] (1940/1990), Bensaïd recuperaba su impulso milenarista junto con su contenido político y antifascista buscando igualmente preservar la esperanza/la fe, conciliar la historia con la memoria y salvar el comunismo construyendo una nueva política (y estrategia) “a partir de una alianza entre ‘el hacha del mesianismo’ y ‘el martillo del materialismo’” (*Traverso*, p. 375).

@MaciekWizz

<https://www.lahaine.org/mundo.php/daniel-bensaid-mesianismo-y-melancolia>